

Sociedad

El avance de la polarización en la sociedad española

Todo el mundo está en su mundo

Las redes sociales impulsan las microidentidades –por alimentación, sexualidad, aficiones, creencias...– al tiempo que las fanatizan

MAYTERIUS
Barcelona

Feministas, gays, trans, veganos, cazadores, animalistas, ecologistas, independentistas, ultras, ecologistas, negacionistas... Vivimos en una sociedad atomizada donde proliferan las categorías y las microidentidades de forma que cada cual tiene (o crea) una esfera en la que encajar. Pero, lejos de lograr con ello una sociedad más plural, respetuosa y tolerante, asistimos a una creciente polarización y confrontación social y política. ¿Qué está pasando?

“El individualismo es algo intrínseco al ser humano, y el no tener en cuenta al otro, el barrer para mi mundo, para lo que me conviene, siempre estuvo ahí; lo que ha cambiado son los medios para hacerlo porque ahora tenemos la tecnología, que salta barreras, segrega y lo radicaliza todo”, asegura Laura Canedo, psicoanalista y codirectora de las XXI Jornadas de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis que se celebraron a principios de este mes en Barcelona precisamente bajo el título “Todo el mundo está en su mundo”.

Pablo Mondragón, antropólogo y director de Umanyx, también cree que el interés en afirmar la propia identidad y el confrontarla con la de otros es algo que ha existido siempre y el cambio son las redes sociales. “Las redes responden a la lógica del negocio, de la publicidad y de la atención, y se sabe que psicológicamente funciona mejor el odio, la furia o el miedo que la alegría o el consenso, así que las redes están codificadas pensando en esas emociones, en apelar al enfado, porque eso refuerza nuestra visión del mundo y hace que el discurso se polarice”, explica. Matiza que eso no quiere decir que no haya una parte de la población que busque el diálogo o la moderación, “pero ese discurso

tener tu burbuja diferenciada, pero no ser visible y reconocido; hay tal abundancia de todo, que necesitas llamar mucho la atención para ser visto”, –dice– “y eso genera una intensificación de voces, un fanatismo del yo o del nosotros”.

Asegura que eso se ve intensificado en las redes sociales, en especial en Twitter. “Hay mucho afán de tener razón y ser reconocido y por ello se huye de las interseccionalidades, de la ambigüedad, y se

impone el conmigo o contra mí, el con nosotros o con ellos, porque uno necesita sentirse parte de un grupo, y así se entra en la radicalización y el pensamiento fanático”.

Luis Miller, sociólogo e investigador del CSIC, dice que está comprobado, desde el punto de vista evolutivo, que las personas forman grupo con otras de características parecidas porque cuesta menos esfuerzo. “Tendemos a vivir, a consumir y a compartir es-

pacios con personas que piensan ideológicamente como nosotros; si eres independentista y seguidor del Barça seguramente tengas menos conflictos en las interacciones que si eres independentista y del Sevilla”, ejemplifica. Por eso, afirma Miller, se crean microgrupos que defienden una identidad muy concreta –sin elementos de divergencia entre sus miembros– y luego se van alineando con grupos aliados. “El listado de gru-

pos a los que pertenecen las personas es infinito, y ser vegano o pertenecer a una asociación de cazadores nunca había sido motivo de conflicto; es el hecho de que ahora cada una de esas categorías se alinee en un bloque ideológico lo que hace que entren en el debate público y se origine la segregación y el fanatismo; estamos politizando todo, desde las opciones de alimentarse hasta la identidad sexual, y eso está generando mu-



INDEPENDENTISTA

no es tan popular y, como no se ve, triunfan más las ideologías extremas y opuestas; es la pescadilla que se muerde la cola”.

Rafael San Román, psicólogo de la plataforma iFeel, comenta que, desde siempre, el ser humano pivota entre la necesidad de ser único, individual y diferenciado, y la necesidad de pertenecer a algo más grande que le permita ser reconocido por los otros. “Y en el momento actual es fácil ser único,

CATÓLICO

Vivimos en nuestro mundo, a la vez global –y pareciera que ilimitado– y al tiempo local y reducido. Un mundo donde el individualismo está de moda, pero no el tradicional, que se caracterizaba por encarnar los valores del deber, la firmeza o la autenticidad, siempre a distancia del seguidismo de la masa. Hoy vivimos en un individualismo de masas, lo cual no deja de ser una paradoja: cada uno se siente especial, diferente, excepcional –todo él o todo ella– y sin embargo todos consumimos lo mismo, en los mismos lugares y al mismo tiempo.

Si antes nos definíamos a partir de lo que hacíamos (panadero, cirujano, periodista) o de los ideales que nos servían como brújula (católico, de izquierdas, ecologista), hoy somos lo que sentimos (de género fluido, víctimas, depresivos, indignados...). Nuestro yo ha tomado las riendas de nuestras vidas y se prolonga,

LA VISIÓN DEL PSICÓLOGO

“Hoy vivimos un individualismo de masas”

José R. Ubieta

Psicoanalista y Profesor de la UOC



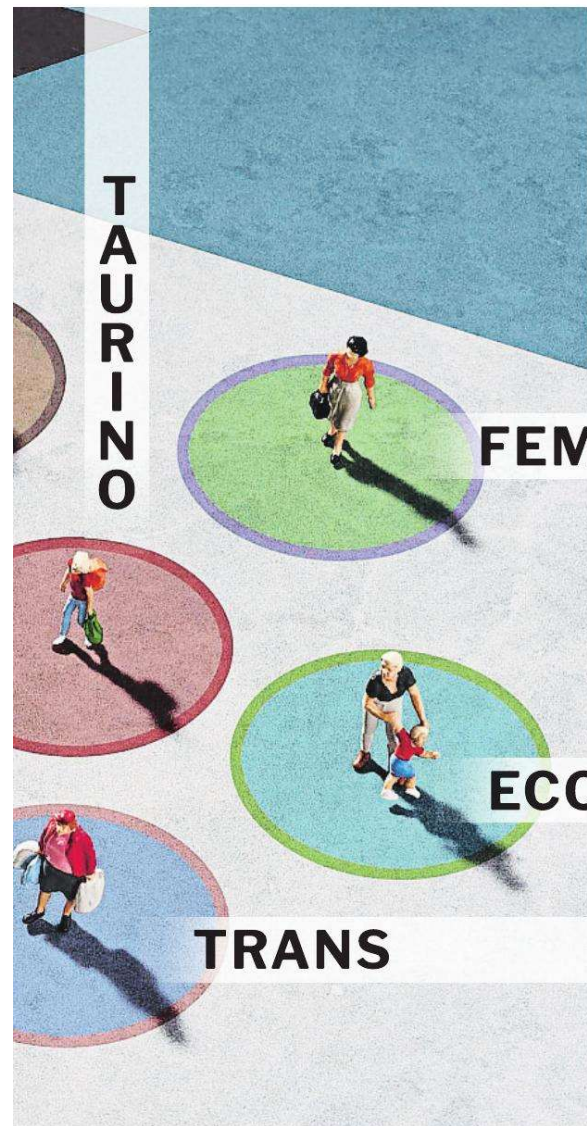
ahora, en el metaverso y sus avatares, donde podremos tunearlo hasta volverlo irreconocible. Aspiramos a redecorar nuestro mundo para fagarnos –aunque sea unas horas– a esa otra escena virtual, pero también soñamos aumentar nuestra realidad y nuestras capacidades con nuevos *gadgets*, chips corporales, asistentes de inteligencia artificial, robots... ¿Quién no tiene ya un reloj que le informa a cada minuto de sus constantes vitales, sus *performances* diarias (pasos, velocidad) alimentando la fantasía del autocontrol y dominio del cuerpo?

Hasta aquí las buenas noticias. Descubramos ahora el velo del lado salvaje de nuestro mundo: más adolescentes encerrados en casa tras la pandemia y refugiados en las pantallas; autolesiones y tentativas de suicidio en aumento; consumo de psicofármacos (en España más de 2,5 millones de personas lo hacen diariamente, somos líderes en Europa); patologías del trabajo (*burnout*);

precariedad social (desahucios, pobreza), brecha de género... Y, cada vez más, burbujas de odio digitales que sirven de refugio a muchos sujetos que se sienten conmocionados por los cambios acelerados y huérfanos de referencias estables.

No hay que asustarse, pero sí pensar alternativas que conjuguen nuestro mundo particular con los otros que habitan el suyo. Las promesas milagrosas de la felicidad enlatada y el coaching emocional –como reminders de este yo en apuros, angustiado y confuso– sirven para lo que sirven. Son efímeras e instantáneas, y sus efectos se diluyen con la misma velocidad con la que llegan.

Cabe otra fórmula más realista e interesante sobre la que han debatido estos días en Barcelona 500 psicoanalistas (ELP): las invenciones singulares que cada uno o una encuentra –con ayuda de otros– y que le permiten hacer su mundo más soportable.



chos problemas”, resume el especialista en polarización del CSIC.

San Román cree que esta estrategia de etiquetar y etiquetarse a uno mismo y de crear bandos tiene que ver con la dificultad de las personas y de los grupos para lidiar con la complejidad, con la necesidad humana de ordenar el caos. “No toleramos bien que las personas, los grupos o las relaciones sean contradictorias o misteriosas, eso nos exige esfuerzo para entenderlo, así que hacemos asociaciones simplistas: si llevas rastas no vas a votar al PP; si eres catalán, has de ser nacionalista; si vas a misa, no votas a la izquierda...”, comenta.

Y subraya que eso conduce a

lómetros y sólo habla y escucha a los de su misma tribu porque así se siente más cómodo, aumenta el maniqueísmo, los bandos de buenos y malos. “El no entrar en contacto con otros que piensan diferente va ampliando el abismo y la lejanía con tus vecinos, la ignorancia sobre ellos, y vas construyendo su imagen con tópicos y estereotipos”, asegura.

El antropólogo Pablo Mondragón opina que el discurso del odio responde a una crisis tremenda de autoridad –tanto en el ámbito de la política como de la religión o de la ciencia–, pero también a intereses económicos de las grandes plataformas tecnológicas. “La gente necesita creer en algo, tener algo a lo que agarrarse, y eso da oportunidad a ciertos discursos, como los negacionistas; decir ‘todos nos engañan’ es simple, requiere poca reflexión y menos esfuerzo que entender una explicación científica o investigar por tu cuenta, y entonces ves esos videos, das *likes*, y patrocinas y refuerzas ese discurso; y como tiene éxito las redes sociales también les pagan y eso los retroalimenta”, indica.

Canedo también piensa que hay lobbies que se aprovechan del individualismo reinante, de que cada cual esté en su mundo “pero con su pantalla y dispuesto a consumir”, y sin encontrarse e interaccionar con el otro. “Vemos cada vez más que las personas no se vinculan con el otro, deciden cómo es o si les satisface sin interactuar, sin tener en cuenta que el otro nunca es como uno quiere pero hemos de transitar juntos”, comenta.

Y agrega que ese pensar al otro desde la propia subjetividad, sin argumentos, lleva a separarse por ideología, religión, estatus económico o condición sexual “y algunos aprovechan ese punto de rechazo para hacer un vínculo, y así se crean las posiciones extremas”. Reitera que esa segregación, que siempre existió, ahora se intensifica como consecuencia de internet y las redes sociales. “El algorit-

mo te hace entrar en una rueda, porque preguntas lo que preguntas te da información acorde a un perfil, siempre del mismo orden, hasta que pierdes de vista que solo recibes un enfoque y te están instruyendo hacia un lado”, indica.

Y, opina Canedo, esta instrucción es si cabe más fácil “porque estamos un poco desorientados, vivimos en una sociedad en que todo es posible, las prohibiciones, la vergüenza, las diferencias entre lo privado, lo íntimo y lo público se han ido diluyendo, y si antes tu sexo o la familia en que nacías tenían implicaciones e indicaban hacia donde debías dirigirte, ahora todo es cuestionable y puedes actuar sin pensar demasiado en las razo-

San Román: “Hacemos asociaciones simplistas: si llevas rastas no votas al PP, y eso conduce al pensamiento sectario”

Luis Miller: “Crear que nuestro grupo es moralmente bueno lleva a deslegitimar a quien no piensa igual”

nes ni las consecuencias”.

Para salir de esta especie de cámaras de eco y de competencia ideológica todos los expertos consultados, independientemente de su ámbito de estudio, proponen la misma receta: participar en espacios donde poder dialogar y compartir experiencias con personas que piensan de forma diferente a la propia. “Es importante hacer deporte, ir de excursión o compartir asociación con gente que no es de nuestra burbuja ideológica para romper estereotipos; necesitamos reconstruir cierta sociedad civil al margen de los estados y de los partidos”, coinciden Torralba y Miller. ●

FEMINISTA

pensamientos sectarios y fanáticos, “porque si no hay interseccionalidades al final acaba habiendo solo dos grupos que han de ser enemigos (si no sería uno), y uno de los dos estar equivocado, y evidentemente ese no es el nuestro”.

“Crear que nuestro grupo es moralmente el bueno hace que deslegitimemos la opinión de quienes no piensan como nosotros, que no los reconocamos co-

ECOLOGISTA

mo interlocutores válidos y no aceptemos nada de lo que puedan aportar”, coincide Miller. Y enfatiza que eso, además de crear crispación, lleva a la confrontación y al insulto, impide llegar a acuerdos y conduce al bloqueo “como estamos viendo en la política española”.

El filósofo y teólogo Francesc Torralba comparte que esta sociedad atomizada en la que cada cual vive en su burbuja busca por la red a esos que piensan, comen o visten como él aunque estén a 6.000 ki-